

La señora de Felipe¹



Aguirre de Echeveste

He recibido tu breve carta a la que acompaña una tarjeta de visita. Te quedo muy agradecido por todo ello. Me ha llamado mucho la atención esa tarjeta que adjuntas a tu escrito; tan elegante, tan coquetona, con ese color pajizo pálido y sus irisados destellos nacarados. ¿Y qué decir de sus rugosos, rústicos bordes, tan delicadamente desordenados? Todo muy elegante, muy de gente importante, muy de gente VIP.

Y... lo que son las cosas, ha sido esa tarjeta tuya la que ha despertado y puesto en movimiento un turbión de recuerdos que después de tantos años estaban dormidos en mi mente. Dormidos pero vivos y vigorosos...

Tú sabes que ese añadido que figura bajo tu nombre y apellidos no significa nada y lo que es peor, no engaña a quienes te conocemos desde hace tantos años.

Señora de Felipe, se lee bajo tu nombre en la elegante tarjeta. Es curioso, en aquellos años, que en mi memoria aparecen radiantes, luminosos, ya mostrabas tu predilección, tu admiración por Felipe el poeta. ¿Recuerdas aquellos poemas de León Felipe el poeta exiliado? Aquellos poemas que él tituló *Versos y oraciones* del caminante y que tú leías con recogimiento.

Tal vez no lo recuerdes... Una noche de verano un grupo de estudiantes hablando de literatura, de poesía, en una pequeña y recoleta plaza de pueblo; una ligera brisa de viento sur enviaba aromas del campo cercano, aromas silvestres de tomillo, de romero...

Tú leíste, mejor dicho, recitaste poemas de León Felipe que en mi memoria quedaron grabados de forma indeleble, sobre todo un poema titulado *Romero Sólo*. ¿No lo recuerdas?

Decían así aquellos versos;

Ser en la vida
romero
romero sólo que cruza
siempre por caminos nuevos,
ser en la vida
romero,
sin más oficio, sin otro nombre
y sin pueblo...
ser en la vida romero... romero...
sólo romero.

En tu juvenil entusiasmo manifestabas tu veneración por Felipe, por León Felipe, el poeta zamorano ausente de España.

Qué tiempos aquellos; cuántos ensueños, ilusiones, quimeras, fantasías. Y ahora, la cruda realidad del cercano medio siglo que impone su ley. Y en tu elegante bolso las tarjetas donde reza además de tu nombre y apellidos, *Señora de Felipe*. ¿Qué Felipe?

Eras –eso sí es un mérito– muy ambiciosa. Sanamente ambiciosa. Aspirabas a todo, a llegar a lo más alto; aunque también es cierto que nunca tuviste muy claro qué significaba eso de “lo más alto”. Con lo peligrosas que son las alturas, ciertas alturas.

Estoy intentando poner en orden el atropellado borbotón de recuerdos que surgen en mi memoria. Entre este cúmulo de recuerdos, vivencias, hay algo que nunca pude entender. Tal vez

1.- Fragmento de un estudio de veinticinco mujeres que llegaron a la cumbre de la fama. Todavía sin título.

lo habrás olvidado aunque es muy posible que no. Se trata de aquella ¿obsesión? con una frase con la que comienza una novela que fue famosa hace muchos años.

Anoche soñé que había vuelto a Manderley. ¡Cuántas veces dijiste que a tí también te gustaría poder decir que cierta noche habías soñado tu vuelta a tu particular Manderley!

Nunca pude saber cuál era el Manderley con el que soñabas. Seguramente eran sueños de la primera juventud; anhelos, inquietudes, sueños presentidos...

Recordarás también cómo en aquellos años hablábais –hablábamos– de la “situación política”. La verdad es que, visto desde la perspectiva que da el imparable paso de los años, se ve que nadie tenía –teníamos– idea de qué era eso. Democracias, dictaduras, países progresistas, todo era temas de conversación...

En 1968 falleció Felipe. León Felipe Camino Galicia, nacido en Tábara (Zamora) el año 1884. ¿Recuerdas tu tristeza por el fallecimiento en el exilio de uno de tus poetas preferidos? Era una tristeza sincera, una pena serena, tranquila... Ya sabes, el paso de los años.

Aquel año 1968 fue rico en acontecimientos tan importantes que se dijo que iban a transformar la sociedad; más todavía, iban a cambiar el curso de la Historia. ¿Recuerdas lo que se hablaba de París? Aquellas movilizaciones de los estudiantes eran maravillosas. Aquellas consignas, aquellas frases vibrantes... eran maravillosamente audaces aquellos estudiantes parisinos. Gracias a ellos nos enteramos de que “estaba prohibido prohibir” y también de que “debajo de los adoquines de las calles de París está el campo”.

Pero hubo otra cosa que, esa sí cambió el curso de tu vida. Estoy seguro de que adivinas a qué me refiero. A tu admirado Felipe el poeta, le sucedió otro Felipe. Un Felipe joven, fogoso, elocuente. Fue entonces cuando realmente cambió tu vida. Avatares que hasta entonces no habías conocido, se convirtieron en realidades cotidianas. Todos aquellos sueños juveniles fueron difuminándose con el veloz paso de los días, los meses y los años.

Presentías que era entonces cuando iniciabas el ascenso a *aquel más alto* a donde aspirabas a llegar. Y llegaste, llegaste a lo más alto... Fue una ascensión dura, áspera, plagada de horas amargas y, lo que es peor, erizada de obstáculos que aparecían en tu –vuestro– camino, obstáculos que muchas veces fueron intencionadamente colocados por gentes que tú pensabas que eran leales amigos tuyos.

Esa cumbre, ese *más alto*, que tanto añoraste y a la que al fin has llegado tras dura ascensión no es la que soñaste en tu juventud.

Llegado aquí me viene a la memoria el nombre de un escritor a quien en aquel tiempo admirábamos mucho. Me da la impresión, o si te parece mejor la corazonada de que últimamente lo has recordado más de una vez. Aunque no sea más que por asociación de ideas.

¿Recuerdas...? El gran Rabindranath Tagore era en aquellos años otro de tus autores preferidos. Citabas muchas veces al gran Tagore cuando hablabas de llegar a lo más alto. Ahora, después de tantos años, pienso que tal vez te preocupaba lo que escribí sobre los que conseguían llegar a la cumbre de la fama. *He llegado a la cumbre de la fama y no he encontrado refugio en su desierta y estéril llanura.*

Citabas mucho esa frase que escribió el poeta y novelista indio. La cumbre de la fama, desierta y estéril cumbre de la fama...

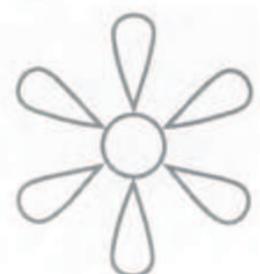
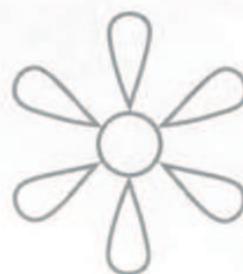
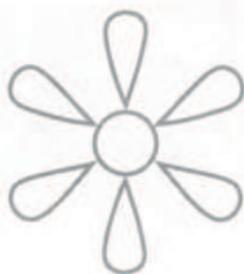
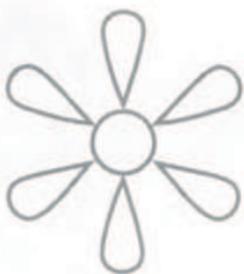
Según voy escribiendo estas líneas, se me ocurre pensar que tal vez es en esa amarga y estéril llanura donde has encontrado aquella mansión de Manderley con la que soñabas en tus años de juventud recién estrenada.

Una mansión suntuosa la del Manderley que soñabas. Exteriormente suntuosa, interiormente elegante, dotada, la mansión, de todos esos equipamientos modernos que según se dice, hacen la vida más fácil y cómoda. Sin embargo no eres feliz. Se dice que no eres feliz en esa dorada mansión que en tus sueños llamabas Manderley. ¿Será tal vez por el hecho de que está situada –la mansión donde resides– en aquel *más alto* adonde aspirabas ascender? Por lo que se dice, ya sabes, los rumores de siempre, has descubierto que la Felicidad no es en ese *lo más alto*, nada más que una planta de invernadero, débil, raquítica, amarillenta... No has encontrado la Felicidad en la desierta y estéril llanura de la fama.

Al comienzo de este escrito menciono los recuerdos que tu carta y sobre todo la tarjeta que le acompañaba, había despertado en mi mente. Un turbión de recuerdos...

Tal vez por ese motivo todo lo antedicho es un tanto farragoso. Porque en definitiva, ¿qué es lo que quería decirte al comienzo de este escrito? Algo muy simple. Esa tarjeta tan elegante, donde reza debajo de tu nombre y apellidos eso de *Señora de Felipe*, no me gusta. Perdona, pero no me gusta.

Tengo la impresión de que los apellidos que debían seguir al enunciado Felipe no te agradan, qué sé yo, tal vez te parecen vulgares. No tengas complejos; no hay apellidos feos, vulgares. Lo que ennoblece a un apellidos es el portador del mismo y no al revés.



Por todo ello y en nombre de los muchos años que nos conocemos, en nombre de aquella lejana amistad, te voy a dar un consejo, mejor dicho dos. Destruye esas elegantes tarjetas, olvídate de ellas y encarga otras, tanto o más elegantes si ello te place. Y donde dice *Señora de Felipe* ordena que diga *Señora de...*, tú sabes mejor que nadie el apellido de Felipe.

Tienes también a tu alcance otra fórmula más sencilla y también ¿por qué no decirlo? más actual. Pasaron ya los tiempos en los que los esposos eran algo así como los propietarios de sus esposas. De ahí eso de Sra. de ... Lo sabes mejor que yo. De siempre fuiste una mujer moderna y progresista.

Encarga unas tarjetas elegantes, modernas, de color marfileño y todo lo que te parezca. Y que en ellas solamente figure tu nombre, tus apellidos, tu domicilio –compartido– tu teléfono –compartido– y punto. Fíjate que simple.

Para finalizar una reflexión breve. De la desierta y estéril llanura de la cumbre de la fama se puede descender abandonando su inexistente refugio. No es necesario hacer un gran esfuerzo. Basta para ello recordar que allá abajo no se encuentran ni la fama, ni los halagos ni los falsos oropeles. Recordando al mismo tiempo que allá abajo se encuentra con mucha mayor frecuencia la Paz, el sosiego y muchas, muchísimas veces la amistad desinteresada de personas, de gentes de cuya existencia nunca tuviste noticia.

Y nada más. Hasta siempre y olvídate de la mansión de Manderley.

Todo fue un sueño...

